

gaba á doscientos hombres. En esto indudablemente se propuso seguir el ejemplo de Cortés, tan contagioso para los ánimos aventureros de aquel tiempo, y especialmente para Pizarro, empeñado como estaba en una empresa semejante. Sin embargo, el peligro á que se espuso Pizarro fue mucho mas grande que el que tuvo que arrostrar el conquistador de Méjico, cuya fuerzas eran casi triples, al paso que el terror que inspiraba el nombre del Inca, terror justificado por los resultados, estaba tan extendido entre los peruanos como entre los aztecas.

Imitando tambien el mismo noble modelo, ideó Pizarro la captura de Atahuallpa. Pero las situaciones de ambos capitanes eran tan diversas como lo fue el modo con que se ejecutaron estos actos de violencia. La cruel matanza que se hizo de los peruanos, se asemejó mas que otra cosa á la que perpetró Alvarado en Méjico, y habria tenido tan desastrosas consecuencias, si el carácter peruano hubiera sido tan fiero como el de los aztecas (1). Pero el golpe que escitó la irritacion de estos últimos hasta la locura, amilanó los ánimos pacíficos de los peruanos. Fue un golpe atrevido, que por haber dejado tanto á la casualidad apenas merece nombre de golpe político.

Cuando Pizarro desembarcó en el país, le encontró dividido por una lucha en que se disputaba la corona. Parecía que estaba en su interés escitar un partido contra el otro, declarándose despues en favor del que mas le conviniera. En vez de esto recurrió á un acto audaz de violencia que confundió á los dos partidos. Su carrera posterior no presenta muestra alguna de la profunda política que desplegó Cortés cuando reunió bajo su bandera naciones desunidas entre sí y las dirigió contra el enemigo comun. Todavía tuvo menos oportunidad de desplegar la táctica y admirable estrategia de su rival. Cortés sujetó sus operaciones militares á los principios que sirven de norma á un gran capitán que manda una poderosa hueste. Pizarro aparece solamente como un aventurero, un caballero andante afortunado. De un solo golpe destruyó el encanto que por tanto tiempo habia conservado el país bajo el dominio de los Incas. Quedó el encanto destruido y la aérea fábrica del imperio, construida sobre la superstición de muchos siglos, se desvaneció al contacto de la realidad. Pero esto fue una fortuna, mas bien que el resultado de un cálculo político.

Pizarro era eminentemente pérfido, y nada mas opuesto á la sana política. Un acto de perfidia plenamente averiguado viene á ser la ruina de su autor. El hombre que permite que los demas desconfíen de su buena fé, se desprende de la mejor base para sus futuras operaciones. ¿Quién á sabiendas querrá edificar sobre arena movediza? Con la pérfida conducta que observó con Almagro, se enagenó Pizarro los ánimos de los españoles. Con el pérfido tratamiento que dió á Atahuallpa y despues al Inca Manco, disgustó á los peruanos. El nombre de Pizarro llegó á ser sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil; Manco con una insurrección que estuvo á pique de costar á Pizarro su poder. La guerra civil terminó en una conspiración que le costó la vida. Tales fueron los frutos de su política. Pizarro puede ser considerado como hombre astuto, pero no como hombre político, segun se han complacido muchas veces en pintarle sus compatriotas.

Cuando tomó posesion del Cuzco halló un país adelantado en las artes de la civilización; instituciones bajo las cuales el pueblo vivía tranquilo y seguro; las montañas y las llanuras elevadas estaban cubiertas de ganados; los valles reverdecían con los frutos de una ilustrada agricultura; los graneros y almacenes estaban atestados; todo el país se regocijaba en la abun-

(1) Véase la Conquista de Méjico, lib. IV, cap. VIII.

dancia, y el carácter de la nación, dulcificado bajo la influencia de la forma de superstición mas suave y mas inocente, estaba perfectamente preparado para recibir una civilización cristiana y mas sublime. Pero lejos de introducirla, Pizarro entregó las razas conquistadas al dominio de su brutal soldadesca; los sagrados claustros fueron abandonados á su lascivia, y las ciudades y aldeas entradas á saco; los desgraciados indios fueron repartidos como esclavos para trabajar en las minas en beneficio de sus vencedores; los rebaños quedaron diseminados y estúpidamente destruidos; disipáronse las riquezas encerradas en los graneros; los ingeniosos procedimientos para mejorar el cultivo cayeron en desuso, y el paraíso quedó convertido en desierto. En vez de aprovecharse de las antiguas formas de civilización, prefirió Pizarro borrar de aquella tierra hasta el menor vestigio y sobre sus ruinas levantar las instituciones de su país. Sin embargo, estas instituciones hicieron poco en favor del pobre indio, preso en cadenas de hierro. Poco le importaba que las riberas del Pacífico se cubriesen de ciudades y pueblos, depósitos de un comercio floreciente: él no habia de participar de los productos: era un extranjero en la tierra de sus padres.

La religión del peruano que le dirigía á adorar esa gloriosa luminaria que es la mejor representante del poder y beneficencia del Criador, es tal vez la forma mas pura de superstición que ha existido entre los hombres. Sin embargo, apenas en el nuevo orden de cosas y por medio del caritativo celo de los misioneros penetraron algunos rayos de mas noble fé entre las tinieblas que oscurecían el alma del indio. El mismo Pizarro no puede ser tachado de haber mostrado exagerada solicitud por la propagación de la fé. No era fanático como Cortés. El fanatismo es la perversion del principio religioso; pero en Pizarro era el principio mismo el que faltaba. La conversión de los infieles era uno de los motivos que predominaron en Cortés para emprender su expedición. No era una vana jactancia: hubiera sacrificado su vida por este objeto en cualquiera ocasion, y mas de una vez por su indiscreto celo puso en peligro su vida y el éxito de la empresa. Su gran propósito era purificar la tierra de las brutales abominaciones de los aztecas sustituyendo á ellas la religión de Jesus. Esto daba á la expedición el carácter de una cruzada; es la mejor apología de la conquista, y atrae, mas que otra alguna consideración, nuestra simpatía en favor de los conquistadores.

Pero los motivos principales que guiaron á Pizarro, á lo menos segun el juicio humano puede deducirlos, fueron la avaricia y la ambición. Los benévulos misioneros le siguieron en verdad en su carrera para esparcir la semillas de la verdad espiritual, y el gobierno español dirigió como de costumbre su benéfica legislación á la conversión de los indígenas. Pero lo que principalmente movió á Pizarro y sus secuaces en la conquista fue la sed de oro. Este era el verdadero estímulo de su trabajo, el premio de la peridia y el mas precioso galardón de sus victorias. Esto dió un carácter bajo y mercenario á la empresa; y cuando comparamos la feroz codicia de los conquistadores con las apacibles é inofensivas maneras de los vencidos, nuestra simpatía, y aun la simpatía de los españoles, está necesariamente del lado del indio.

Pero como no hay pintura que no tenga su parte de luz, haciendo justicia á Pizarro no debemos insistir exclusivamente en las facciones oscuras de su retrato. No ha tenido España un hijo á quien deba mas obligaciones por la estension que dió á su imperio; pues su mano conquistó para ella la mas rica de las joyas indias que resplandecieron un tiempo en su imperial diadema. Cuando contemplamos los peligros que arrostró, las fatigas que con tanta pacien-

cia sufrió, los increíbles obstáculos que superó, los magníficos resultados que consiguió con su solo brazo sin auxilio del gobierno, aunque no puede tenersele por hombre grande ni bueno en toda la estension de la palabra, no es posible dejar de considerarle como hombre muy extraordinario.

Tampoco podemos sin injusticia omitir para atenuar sus yerros, el hacernos cargo de las circunstancias de su edad primera; porque, como Almagro, era hijo del pecado y del dolor, arrojado al mundo casi desde su nacimiento para que en él buscara fortuna como pudiera. En su tierna edad debia recibir las impresiones que le comunicasen aquellos en cuya sociedad vivia. ¿Y cuándo le toca al pobre espósito caer en manos de personas entendidas y virtuosas? Tocóle vivir entre la licencia de un campamento en la escuela de la rapina, con personas cuya única ley era la espada, y que miraban al desgraciado indio y á sus propiedades como un despojo legítimo.

¿Quién no se estremece al pensar lo que podria haber sido, educado en semejante escuela? La grandeza del crimen no es una prueba clara de la criminalidad del agente. La historia debe hablar del primero para recordarle como un aviso al género humano; pero solo aquel que conoce el corazón de los hombres, la fuerza de la tentación y los medios de resistirla, es el que puede determinar la medida del delito.

#### CAPITULO VI.

Movimientos de los conspiradores. — Se adelanta Vaca de Castro. — Actos de Almagro. — Marcha del gobernador. — Las fuerzas de ambos se aproximan. — Sangrientas llanuras de Chupas. — Conducta de Vaca de Castro.

1541—1543.

El primer acto de los conspiradores, despues de asegurar la posesion de la capital, fue enviar emisarios á las diferentes ciudades para proclamar la revolución que acababa de verificarse y exigir el reconocimiento de Almagro como gobernador del Perú. En aquellos puntos como Trujillo y Arequipa, donde la intimidación iba sostenida por una fuerza militar, fue sin mucha dificultad obedecida. Pero en otras poblaciones tuvo mas frio asentimiento y en algunas el orden fue recibido con desprecio. En el Cuzco, punto el mas importante despues de Lima, un número considerable de partidarios de Almagro aseguro el triunfo de su bando, deponiendo de sus empleos á los magistrados de opinion contraria, y reemplazándolos con otros de carácter mas acomodaticio. Pero los leales habitantes de la ciudad, disgustados de semejante proceder, enviaron á buscar secretamente á uno de los capitanes de Pizarro llamado Alvarez de Holguin; y este entrando en la ciudad depuso á los nuevos dignatarios y redujo á la obediencia la antigua capital.

Los conspiradores esperimentaron una oposición todavia mas enérgica de parte de Alonso de Alvarado, uno de los principales capitanes de Pizarro (derrotado, como recordará el lector, por Almagro el padre en el puente de Abancay) y que entonces se hallaba en el Norte con unos doscientos hombres de excelente tropa. Este oficial al recibir la noticia del asesinato de su jefe, escribió inmediatamente al licenciado Vaca de Castro, participándole el estado de los negocios en el Perú, é instándole para que apresurase su marcha hacia el Sur (1).

(1) Zárate, Couq. del Perú, lib. IV, cap. XIII. — Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VII. — Declaración de Usategui, MS. — Carta del maestro Martin de Arauco, MS. — Carta de fray Vicente de Valverde, desde Tumbes, MS.

Como se ha dicho en uno de los capítulos anteriores, Vaca de Castro habia sido enviado por la corte de España para cooperar con Pizarro al restablecimiento de la tranquilidad del país, y con facultades para tomar el mando en caso de muerte del gobernador. Despues de una larga y tempestuosa travesía desembarcó en la primavera de 1541 en el puerto de Buena Ventura; y disgustado de los peligros del mar, prefirió continuar su molesto viaje por tierra. Pero estaba tan debilitado por las incomodidades que habia sufrido, que tardó tres meses bien completos en llegar á Popayan, donde recibió la sorprendente noticia de la muerte de Pizarro. Esta era la contingencia tan juiciosamente prevista en sus instrucciones. Sin embargo, las dificultades de su situación le pusieron en una perplejidad dolorosa. Era extranjero en aquella tierra, con imperfectos conocimientos acerca del país, sin fuerza armada que le protegiese, sin pericia militar de que poder aprovecharse en caso necesario. Nada sabia respecto al grado de influencia que tenia Almagro; nada tampoco acerca de la estension y fuerza de la insurrección; nada en fin de las disposiciones del pueblo entre el cual se hallaba.

En tal conflicto un ánimo débil habria seguido el parecer de los que le aconsejaban que se volviese á Panamá y esperase allí hasta reunir fuerza suficiente para presentarse de nuevo y hacer cara con ventaja á los insurgentes. Pero el valeroso corazón de Vaca de Castro rehusó dar un paso que habria probado su incompetencia para el puesto que se le habia conferido. Tenia confianza en sus propios recursos y en la influencia de la comisión en virtud de la cual iba á obrar. Confiaba sobre todo en la habitual lealtad de los españoles, y despues de meditarlo maduramente, determinó seguir adelante y fiar á los sucesos el cumplimiento del objeto de su misión.

Confirmóle en su propósito la carta que recibió de Alvarado; y sin mas dilación continuó su marcha á Quito. Allí fue bien recibido por el segundo de Gonzalo Pizarro, que gobernaba el país durante la ausencia de su jefe, ocupado, como hemos visto, en la expedición al río de las Amazonas. Reuniósele tambien Benalcázar, el conquistador de Quito, con una corta fuerza, y le ofreció auxiliárle personalmente en la prosecución de su empresa. Entonces presentó la real cédula que le autorizaba para tomar el mando en el caso de que Pizarro muriese, y declaró que habiéndolo llegado este caso, era su intención ejercer la autoridad que se le habia conferido. Al mismo tiempo envió emisarios á las principales ciudades, exigiendo le obedeciesen como á legítimo representante de la corona, teniendo cuidado de elegir para este servicio personas discretas y de prestigio entre los ciudadanos; y despues continuó lentamente su marcha hacia el Sur (2).

Quería de este modo dar tiempo á que sus intimaciones produjesen efecto y á que se calmase la fermentación causada por los últimos extraordinarios sucesos. Confiaba en la lealtad que hacia que el español se sometiese siempre, escepto en casos extremos, á las decisiones de la autoridad real; y aunque las pasiones del momento podían haber alterado en cierto modo estos sentimientos populares, creía poder fácilmente dar al pueblo la recta dirección y devolverle

(2) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. IV. — Carta de Benalcázar al emperador desde Cali, MS., 20 de setiembre de 1542.

Benalcázar aconsejó á Vaca de Castro que tomase solamente el título de juez y no el de gobernador que podria poner en conflicto sus pretensiones con las que sustentaba Almagro á la parte del país, conocida con el nombre de Nueva Toledo y que le habia legado su padre. «Porque yo le avisé muchas veces no entrase en la tierra como gobernador, sino como juez de V. M. que venia á desagraviar á los agraviados, porque todos le recibirian de buena gana.» Ubi supra.

sus hábitos de obediencia. No calculaba mal en esto; porque estaba tan arraigado el principio de lealtad en el antiguo español, que solamente han podido conmovérsele siglos enteros de opresión y tiranía. Triste es, aunque no extraño, que el largo tiempo pasado bajo un mal gobierno no le haya dado aun suficiencia para elegir uno bueno.

Mientras pasaban estos acontecimientos en el Norte, el partido de Almagro en Lima se iba robusteciendo de día en día; porque además de los que desde el principio se habían declarado abiertamente en favor de su padre, se adhirió espontáneamente al nuevo orden de cosas otros que por diversos motivos se hallaban disgustados de Pizarro.

El primer acto del joven general, ó mas bien de Rada, que dirigía sus movimientos, fue asegurar las provisiones necesarias para los soldados, muchos de los cuales, habiendo sufrido una larga indigencia, no estaban de modo alguno aptos para el servicio. Reuniéronse fondos considerables echándose sobre los de la corona, que tenía el tesorero en su poder. Picado, el secretario de Pizarro, fue sacado de la prisión é interrogado acerca del sitio donde este había depositado sus tesoros; pero aunque fue puesto á cuestion de tormento, no quiso, ó lo que es mas probable, no pudo dar noticia alguna sobre este punto; y los conspiradores, que tenían una larga cuenta de injurias que arreglar con él, terminaron los procedimientos cortándole públicamente la cabeza en la gran plaza de Lima (1).

Valverde, el obispo del Cuzco, según él mismo asegura, intervino en su favor, pero en vano. Es singular que las últimas veces que este fanático prelado aparece en la escena sea con el benévolo carácter de intercesor (2). Poco tiempo después se le permitió embarcarse en Lima con el juez Velazquez y algunos otros partidarios de Pizarro. Tenemos de él una carta fecha en Tumbes en noviembre de 1541; y casi inmediatamente después de haberla escrito cayó en manos de los indios y con sus compañeros fue asesinado en Puná; muerte violenta que con bastante frecuencia terminaba la carrera del aventurero americano. Valverde era un fraile dominico que, como el padre Olmedo respecto á Cortés, había estado al lado del jefe de la expedición durante todo el tiempo de ella. Pero no siempre como el buen Olmedo usó de su influencia para detener el brazo levantado del guerrero. A lo menos no es este el aspecto bajo el cual se presenta en la terrible matanza de Caxamalca. Sin embargo, algunos autores contemporáneos dicen que después de instalado en su obispado fue incansable en su celo por convertir á los indios y mejorar su condicion; y su correspondencia con el gobierno desde este periodo, muestra gran solicitud por tan laudables objetos. Educado en la severa escuela de la disciplina monástica, que con frecuencia cierra el corazón á la caridad comun de la vida, no podía, como el buen padre Las-Casas, elevarse sobre sus fanáticos principios, y siguiendo el espíritu de escuela creyó que la santidad del fin justificaba los medios por repugnantes que en sí mismos fuesen. Sin embargo, este hombre que tan sin reparo alguno había derramado la sangre de los pobres indios por asegurar el triunfo de su fé, habría vertido espontánea-

(1) Pedro Pizarro Descub. y Conq., MS. — Carta de Barrio Nuevo, MS. — Carta de fray Vicente de Valverde, desde Tumbes, MS.

(2) «Siendo informado que andavan ordenando la muerte á Antonio Picado, secretario del marques que tenían preso, fui á don Diego é á su capitan general Joan de Herrada é á todos sus capitanes, i les puse delante el servicio de Dios y de S. M. i que bastase en lo fecho por respeto de Dios, humillándome á sus pies porque no lo matasen: no bastó, que luego dende á pocos dias lo sacaron á la plaza desta ciudad donde le cortaron la cabeza.» Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbes, MS.

mente toda la suya en su defensa. Carácter semejantes no eran raros en el siglo xvi (3).

Los partidarios de Almagro, habiéndose provisto de fondos, se provieron tambien sin el menor escrúpulo de caballos y armas de toda especie, apropiándose los que pudieron hallar en la ciudad: lo cual hicieron con tanto menor repugnancia, cuanto que la mayor parte de los habitantes no les manifestaba buena voluntad. Mientras se ocupaban en esto, recibió Almagro la noticia de que Holguin había salido del Cuzco con cerca de trescientos hombres y con el objeto de efectuar su union con Alvarado que se hallaba en el Norte. Era importante para Almagro impedir esta union. Si la política de Vaca de Castro era el dilatar las operaciones, claro está que la de Almagro debía consistir en acelerarlas y traer lo mas pronto posible las cosas á una solucion definitiva; marchar primero contra Holguin á quien fácilmente podría vencer con sus fuerzas superiores y después terminar la lucha con la derrota, todavia mas fácil, de Alvarado, cuando el nuevo gobernador estuviese en cierto modo en sus manos. Habría sido fácil derrotar en detall todos estos cuerpos de tropas, que si llegaban á reunirse presentarían un ejército formidable. Era demasiado atroz el proceder con que Almagro y los suyos se habían declarado en oposicion contra el gobierno; era demasiado directo el golpe dado á la real autoridad, para que los perpetradores de aquel acto pudiesen lisonjearse con la esperanza del perdón. El único medio de salvacion que les restaba era seguir adelante en la revuelta, y alcanzando repetidos triunfos ponerse en una situacion tan formidable que llegara á dar cuidado al gobierno; pues el temor á un vasallo demasiado poderoso hubiera arrancado concesiones que jamas se habrían hecho á sus ruegos.

Pero Almagro y los suyos no se atrevieron á ponerse en abierta rebelion con la corona. Habían acudido á la rebelion, no porque la deseaban, sino porque no habían encontrado otro medio de conseguir su objeto. Querían solamente vengar los agravios personales que habían recibido de Pizarro, pero no intentaban desafiar la autoridad real. Así cuando alguno de los mas resueltos de estos que siguen impertérritos las cosas hasta en sus últimas consecuencias, propusieron marchar desde luego contra Vaca de Castro y terminar la contienda con un golpe atrevido, la proposicion fue casi universalmente desechada, y solo al cabo de un largo debate se adoptó la resolucion de dirigirse contra Holguin é impedir su reunion con Alonso de Alvarado.

Apenas había Almagro emprendido su marcha sobre Xauxa, donde se proponía presentar la batalla á su enemigo, le ocurrió la gran desgracia de la muerte de Juan de Rada. Era este hombre de edad algo avanzada y las últimas acaloradas escenas en que había tenido la parte mas principal habían dado un golpe mortal á su constitucion, ya debilitada por una vida de extraordinarias fatigas. Con su muerte experimentó Almagro una pérdida inmensa, porque además de la sincera adhesion que Rada le profesaba, era por su larga esperiencia y su carácter prudente, aunque animoso, el mas á propósito de todo el ejército para conducirle á puerto seguro entre el borrascoso mar en que se había dejado embarcar.

Después de Rada los dos caballeros que había de

(3) «Que el señor obispo fray Vicente de Valverde, como persona que jamas ha tenido fin ni celo al servicio de Dios ni menos en la conversion de los naturales en los poner é doctrinar en las cosas de nuestra santa fé católica, ni menos en entender en la paz é sosiego destes reynos, sino á sus intereses propios, dando mal ejemplo á todos.» Carta de Almagro á la audiencia de Panamá, MS., 8 de nov. de 1541. Debe tenerse presente que el autor de esta carta era enemigo personal del obispo.

mas consideracion y de mas altas pretensiones eran Cristóbal de Sotelo y García de Alvarado; ambos dotados de gran pericia militar, pero el último de genio audaz y presuntuoso parecido en cierto modo al de aquel capitan de su mismo nombre que adquirió mucho mayor fama bajo las banderas de Cortés. Desgraciadamente se despertaron los celos entre ambos oficiales, celos tan comunes entre españoles que pueden mirarse como un rasgo del carácter nacional; celos que se fundan en un falso principio de honor que ha sido siempre fecundo en facciones lo mismo en las monarquias que en las repúblicas.

Esta era una gran desgracia para Almagro, cuya inesperienza le hacia necesitar el apoyo de los demas y que en el estado de agitacion en que se hallaba el país, apenas sabia en quién buscar este apoyo. Con motivo de la dilacion que ocasionaron estas discusiones, su pequeño ejército no llegó al valle de Xauxa hasta después que el enemigo había pasado por él. Almagro le siguió de cerca dejando detras los bagajes y la artilleria para poder marchar mas deprisa. Pero la ocasion se había ya perdido. Los rios, aumentados con las lluvias del otoño, dificultaban la persecucion, y aunque sus tropas ligeras dieron alcance á unos cuantos rezagados, Holguin logró conducir sus fuerzas por los peligrosos pasos de las montañas y verificar su reunion con Alonso de Alvarado cerca del puerto septentrional de Huaura.

Frustrado su objeto; Almagro se preparó para marchar sobre el Cuzco (capital que consideraba como comprendida en su jurisdiccion) para tomar posesion de ella y hacer sus preparativos á fin de salir de nuevo al encuentro de su adversario. Sotelo, que fue enviado delante con una corta fuerza, no halló oposicion alguna en los indefensos habitantes, y puso otra vez el gobierno de la ciudad en manos de los de Chile. Poco después su joven capitan se presentó á la cabeza de sus batallones y estableció sus cuarteles de invierno en la capital del imperio Inca.

Allí los celos de los capitanes rivales se convirtieron en abierta lucha, que terminó con la muerte de Sotelo, traidoramente asesinado en su propia habitacion por García de Alvarado. Esta atrocidad irritó tanto mas á Almagro, cuanto que sintiéndose demasiado débil para castigar al agresor, hubo de disimular su resentimiento por entonces, y aparentar tratarle con mas favor y distinciones. Pero no se engañó Alvarado respecto á lo que significaba esta conducta; sabia que había faltado á la confianza de su general; y para evitar el daño que pudiera hacerle, urdió una conspiracion contra él. Almagro, incitado por la necesidad de la propia defensa, imitó el ejemplo de su oficial entrando en su casa con unos cuantos hombres armados que le dejaron muerto en el sitio (1).

Este proceder irregular tuvo las mejores consecuencias. Los sediciosos planes de Alvarado perecieron con él: las semillas de insubordinacion quedaron destruidas, y desde aquel momento Almagro no halló sino ciega obediencia y leal apoyo en sus soldados. Desde entonces su carácter pareció experimentar un notable cambio: fióse menos de los otros que de sí mismo, y desplegó recursos que no podían preverse en un joven de sus años, porque apenas tendría veinte y dos (2). La energia y prevision que manifestó no obstante su juventud, demostraron que había sabido colocarse á la altura de las circunstancias.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. X—XIV. — Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLVII. — Declaracion de Usategui, MS. — Carta de Barrio Nuevo, MS. — Herrera, Historia general, dec. VI, lib. X, cap. XIII, dec. VII, lib. III, cap. I—V.

(2) «Higo mas que su edad requeria, porque seria de edad de veinte i dos años.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XX.

en que desgraciadamente su suerte le había colocado.

Ocupóse inmediatamente en proveer á las necesidades de sus tropas y en poner á todos y cada uno de sus soldados en el mejor estado para sostener la próxima campaña. Llenó su tesoro con gran cantidad de plata que sacó de las minas de La Plata. El azufre, que se obtenia en abundancia en las inmediaciones del Cuzco, le suministró buen material para la fabricacion de pólvora. Mandó construir cañones, algunos de gran calibre, bajo la inspeccion de Pedro de Candia, el griego que, según recordará el lector, fue el primero que llegó al país con Pizarro, y que con algunos de sus compatriotas *levantinos* según les llamaban, estaba perfectamente instruido en esta clase de fabricacion. Bajo su direccion se hicieron armas de fuego, corazas y yelmos de una mezcla de plata y cobre (3), y de tan excelente calidad, que según dice un veterano de aquel tiempo, podían competir con los contruidos en las fábricas de Milan (4). Además recibió Almagro un auxilio tan oportuno como inesperado, procedente del Inca Manco, el cual detestando la memoria de Pizarro, trataba de renovar con el joven Almagro los amistosos lazos que le habían unido á su padre, lazos que tal vez estaba dispuesto á estrechar teniendo en consideracion la sangre peruana que corría en las venas del joven capitan. De él obtuvo Almagro una gran cantidad de espadas, lanzas, armas y armaduras de toda especie, la mayor parte de ellas tomadas por el Inca en el memorable sitio del Cuzco. También recibió la agradable promesa de que el Inca le auxiliaria con un refuerzo de tropas indias cuando abriese la campaña.

Antes, sin embargo, de apelar definitivamente á las armas, resolvió Almagro probar el efecto de las negociaciones con el nuevo gobernador. En el verano de 1542 le envió una embajada á Lima, donde se hallaba, manifestándole lo sensible que le era tomar las armas contra un empleado de la corona. Deciale además que su único deseo era vindicar sus derechos, asegurando la posesion de la Nueva Toledo que le correspondia por legado de su padre, y de cuya herencia había sido injustamente escludido por Pizarro: añadia que no disputaba al gobernador su autoridad sobre la Nueva Castilla como país asignado al marques; por último, proponia que cada una de las partes contendientes permaneciese en los límites de su respectivo territorio hasta que la corte de España les hiciese saber su determinacion. A esta comunicacion, redactada en términos respetuosos, no recibió respuesta alguna.

Frustradas sus esperanzas de pacífico arreglo conoció ya el joven capitan la necesidad de apelar á la suerte de las armas. Reunió sus tropas, y antes de salir de la capital les hizo una buena arenga. Protestó que el paso que él y sus valientes compañeros iban á dar no era un acto de rebelion contra la corona, sino un acto á que se veían obligados por la conducta del mismo gobernador. Dijo que la comision encomendada á este no le daba autoridad sobre el territorio de la Nueva Toledo, cedido á su padre, y que su padre le había dejado en herencia; que si Vaca de Castro, traspasando sus facultades les obligaba á romper las hostilidades, la sangre que se derramase caería sobre

(3) «Y demas de esto hizo armas para la gente de su real, que no las tenia, de pasta de plata i cobre mezclado, de que salen muy buenos coseletes: habiendo corregido demas desto todas las armas de la tierra; de manera que el que menos armas tenia entre su gente, era cota i coracinas ó coselete, i celadas de la misma parte que los indios hacen diestramente por muestras de Milan.» Zárate Conq. del Perú, lib. IV, capitulo XIV.

(4) «Hombres de armas con tan buenas celadas borgoñesas como se hacen en Milan.» Carta de Ventura Beltran al emperador, MS. desde Vilcas, 8 de octubre de 1542.

la cabeza de aquel, no sobre las suyas. «Con el asesinato de Pizarro, continuó, no hemos hecho mas que tomar por nosotros mismos la justicia que por otros se nos negaba.» Lo mismo sucede ahora respecto á la lucha que vamos á emprender contra el nuevo gobernador: «somos tan fieles y leales súbditos de la corona como él.» Por último, exhortó á los soldados á que se agrupasen con ánimo firme y resuelto brazo alrededor suyo, pues que en la próxima contienda todos estaban igualmente interesados.

Su auditorio no fue insensible á este discurso. Pocos había que no conociesen que su suerte estaba ligada indisolublemente á la de su capitán; y como tenían poco que esperar del austero carácter del gobernador, se unieron mas y mas á la causa de su joven jefe, que además de poseer las cualidades populares de su padre, escitaba aquella simpatía propia de su edad y de las circunstancias de su situación. Así los oficiales y soldados poniendo las manos sobre la cruz colocada en un altar dispuesto al afecto, juraron repetidas veces arrostrar toda clase de peligros con Almagro y permanecerle fieles hasta el último trance.

En punto á fuerzas no se había robustecido gran cosa desde su salida de Lima. Todas sus tropas ascenderían á poco mas de quinientos hombres; pero entre ellos estaban los veteranos de su padre, aguerridos en mas de una campaña contra los indios. Tenía unos doscientos caballos, muchos de ellos cubiertos completamente de malla, circunstancia no muy comun en aquellas guerras, en que un colete forrado de algodón era la única armadura del guerrero. Su infantería formada de alabarderos y arcabuceros, estaba perfectamente armada. Pero su principal fuerza consistía en la artillería, compuesta de diez y seis piezas, ocho de grueso calibre y ocho falconetes, como se llamaban: todas las cuales, formaban, dice un testigo presencial, un hermoso parque «suficiente para hacer batería en el castillo de Burgos (1).» En suma el pequeño ejército, aunque no imponente por su número, era disciplinado, tan apto como el que mas para pelear en los campos del Perú, y desde luego mucho mejor que ninguno de los que Almagro el padre ó Pizarro condujeron en sus conquistas. Poniéndose, pues, el joven á la cabeza de su valiente tropa, salió del Cuzco á mediados del verano de 1542 y dirigió su marcha hácia la costa, esperando encontrar al enemigo (2).

Mientras pasaban estos sucesos, Vaca de Castro, á quien hemos dejado en Quito el año anterior, se adelantaba lentamente hácia el Sur. Su primer acto despues de salir de aquella ciudad indicaba la resolución de no comprometerse á nada con los asesinos de Pizarro. Benalcázar, el distinguido oficial de quien he dicho que fue de los primeros en adherirse á su causa, había protegido y facilitado la fuga á uno de los principales conspiradores, amigo suyo personal. Vaca de Castro indignado de su proceder, no quiso escuchar esplicaciones y mandó á Benalcázar que se volviese á su distrito de Popayan. Atrevido paso fue este, en el estado precario en que se hallaban sus asuntos.

Prosiguió el gobernador su marcha, siendo bien recibido del pueblo en el camino; y cuando entró en las ciudades de San Miguel y de Trujillo fue acogido con leal entusiasmo por los habitantes, que recono-

(1) «El artillería era suficiente para hacer batería en el castillo de Burgos.» Dicho del capitán Francisco de Carvajal sobre la pregunta 58 de la informacion hecha en el Cuzco en 1845 á favor de Vaca de Castro, MS.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Declaracion de Uscategui, MS. — Garciasso, Com. Real, parte II, lib. II, capítulo XIII. Carta del cabildo de Arequipa al emperador, San Joan de la Frontera 24 de setiembre de 1542, MS. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. I—II.

cieron desde luego su autoridad, si bien no manifestaron grandes deseos de correr con él los azares de la próxima lucha.

Despues de haberse detenido largo tiempo en cada uno de estos puntos, volvió á emprender su marcha y llegó al campo de Alonso de Alvarado en Huaura á principios de 1542. Holguin había establecido sus reales á alguna distancia de los de su rival; porque se había suscitado como de costumbre la rivalidad entre estos capitanes, aspirando ambos al mando supremo de capitán general del ejército. El empleo de gobernador que ejercía Vaca de Castro parecía que incluía el de general en jefe de las fuerzas; pero como el licenciado no había seguido otra carrera que la de las leyes, cualquiera que fuese la autoridad que se abrogase en materias civiles, los dos capitanes esperaban que resignaría en sus manos el mando militar. Conocían muy poco el carácter de Vaca de Castro.

Aunque no poseía mas conocimientos en el arte de la guerra que los que tenían todos los caballeros en aquella edad marcial, conoció que confesar su ignorancia y encomendar á otras manos la direccion de los negocios militares habría sido disminuir considerablemente su autoridad, si ya no inspirar desprecio hácia ella en los espíritus turbulentos entre quienes se hallaba. Tenía sagacidad y genio, y confiaba en que podría suplir sus faltas con la experiencia de los demas. Su empleo le permitía disponer de los hombres mas aptos del país, y ayudado de sus consejos se sentía con suficiencia para adoptar un plan de operaciones y llevarlo decididamente á cabo. Conoció además que el único medio de destruir la rivalidad entre los dos capitanes en aquella crisis era tomar para sí el empleo que causaba la disension.

Sin embargo acercóse con cautela á sus ambiciosos oficiales; y las amonestaciones que les dirigió por medio de personas juiciosas de las que mas íntimamente les trataban, produjeron tan buen resultado, que ambos renunciaron en su favor á todas sus pretensiones. Holguin, el mas discolto de los dos, pasó á visitarle al campo mismo de su rival, y desde luego el gobernador tuvo la satisfaccion de reconciliarle con Alonso de Alvarado. Esto demuestra cierta habilidad, porque la enemistad de ambos había ya llegado al punto de producir un desaffo.

En seguida envió Vaca de Castro la mayor parte de su fuerza en direccion de Xauxa, mientras él á la cabeza de un pequeño cuerpo se encaminaba á Lima. Allí fue recibido con vivas demostraciones de gozo por los habitantes, en lo general parciales de Pizarro, como el mas firme y constante protector de su capital; los cuales despues de la partida de Almagro se habían apresurado á espulsar del ayuntamiento á sus hechuras y á sacudir el yugo de su autoridad. Con tan favorables disposiciones, el gobernador no halló dificultad en obtener de los habitantes mas ricos un considerable empréstito; pero no fue tan afortunado al principio en sus pedidos de armas y caballos, porque los de Chile habían hecho ya demasiado fielmente la recoleccion de semejante cosecha. Sin embargo, habiendo prolongado su residencia por algun tiempo en la capital, consiguió antes de salir de ella importantes auxilios tanto en armas como en municiones, y logró aumentar sus fuerzas con un cuerpo bastante considerable de reclutas (3).

Mientras se ocupaba en esto, recibió la noticia de que el enemigo había salido del Cuzco y marchaba hácia la costa. Saliendo, pues, de Lima con sus fieles partidarios, tomó la vuelta de Xauxa, punto de-

(3) Declaracion de Uscategui, MS. — Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. I, cap. I. — Carta de Barrio Nuevo, MS. — Carta de Benalcázar al emperador, MS.

signado para la reunion de sus fuerzas. Allí las reunió en efecto, y halló que ascendían á unos setecientos hombres. La caballería, en la cual consistía su fuerza principal, era superior en número á la de su contrario; pero no estaba tan bien armada ni montada. Componíase de muchos caballeros de noble linaje, de soldados espertos, y de algunos que teniendo grandes intereses en juego por poseer vastas porciones de terreno en el país, habían accedido al llamamiento del gobierno y se habían alistado en sus banderas (1). Su infantería, además del número competente de alabardas, tenía bastantes armas de fuego; pero la artillería se componía solamente de tres ó cuatro falconetes mal montados. No obstante estos defectos, el ejército real, si tan insignificante fuerza puede merecer este nombre, era tan superior en número al de Almagro, que calculadas las ventajas y desventajas de ambos lados la partida no podía parecer tan desigual (2).

El lector acostumbrado á las grandes masas empleadas en las guerras europeas, se sonreirá tal vez al contemplar las escasas fuerzas de los españoles. Pero en el Nuevo-Mundo, donde una innumerable hueste de indios entraba por muy poco en la balanza, quinientos europeos bien equipados eran considerados como un cuerpo formidable. Ningun ejército hasta el período de que vamos hablando había llegado á contar mil hombres. Pero no es el número, como ya he dicho otra vez, el que da importancia á una accion, sino las consecuencias que esta trae consigo, la magnitud de la escena y la destreza y valor de los actores. Cuanto mas limitados son los medios, mayor debe ser la ciencia que se necesita para emplearlos; así olvidando la pobreza de los materiales, fijamos nuestra atencion en la conducta de los actores y en la grandeza de los resultados.

Hallándose Vaca de Castro en Xauxa, recibió una embajada de Gonzalo Pizarro vuelto ya de su expedicion á las «Tierras de las Canelas,» por medio de la cual le ofrecía sus servicios en la próxima lucha. La respuesta del gobernador indicaba que no había abandonado la esperanza de entrar en negociaciones con Almagro, con tal que fuese sin comprometer la autoridad real. Considerando que atendida la igualdad de las fuerzas beligerantes el éxito era muy dudoso, quería tal vez evitar el estremo de una batalla, y sabía que la presencia en su campo de Pizarro, esto es, del odioso enemigo de los de Almagro, escitaría en sus pechos tal desconfianza, que frustraría toda tentativa de amistoso arreglo. Quizá tambien el gobernador no quería apresurarse á introducir en sus consejos un hombre de espíritu tan turbulento. Contestó, pues, á Gonzalo dándole gracias por la prontitud con que había acudido á ofrecerle auxilio; pero rehusándolo cortesmente, y aconsejándole que permaneciese en su provincia para descansar de las fatigas de su penosa expedicion. Al mismo tiempo le aseguraba que

(1) El ayuntamiento de Arequipa, muchos de cuyos individuos se hallaron en el ejército, reclamó enérgicamente una compensacion en favor de estos por haberlos obligado á dejar sus tierras y tomar las armas por orden del gobierno. Segun decian, su patriótico ejemplo no sería muchas veces seguido si no se les daba una recompensa proporcionada. Este documento, importante por sus pormenores históricos, se halla inserto en el *Apendice* núm. XIII.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XV. — Carta de Barrio Nuevo, MS. — Carvajal refiere la manera política con que su jefe reclutaba gente para su servicio pagándoles con promesas y buenas palabras cuando no tenía dinero que darles. «Dando á unos dinero é á otros armas i caballos, i á otros palabras, i á otros promesas, i á otros graciosas respuestas de lo que con él negociaban, para tenerlos á todos muy contentos i puestos en el servicio de S. M. cuando fuese menester.» Dicho del capitán Francisco de Carvajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1545, á favor de Vaca de Castro, MS.

no dejaría de utilizar sus servicios cuando la ocasion lo exigiese. El activo caballero quedó muy disgustado con esta repulsa (3).

Despues recibió el gobernador noticias respecto á los movimientos de Almagro que le hicieron suponer que este se preparaba á ocupar á Guamanga, punto muy fortificado á mas de treinta leguas de Xauxa (4). Ansioso de asegurar la posesion de esta plaza, levantó el campo, y á marchas forzadas hechas de manera tan irregular que le hubieran puesto en gran conflicto si su enemigo hubiera estado cerca para aprovecharse de la ocasion, consiguió anticiparse á Almagro y entrar en Guamanga cuando su enemigo se hallaba en Bilcas, á diez leguas de distancia.

En Guamanga Vaca de Castro recibió otra embajada de Almagro, proponiéndole en sustancia lo mismo que en la primera. El joven jefe lamentaba las hostilidades que iban á romperse entre hermanos, y proponía un arreglo sobre las mismas bases que hemos dicho. A estas proposiciones condescendió ya el gobernador en dar respuesta; y por ella podría inferirse que se compadecía en cierto modo de la juventud é inesperienza de Almagro, que quería hacer una distincion entre él y los principales conspiradores, con tal que pudiese separarle de los intereses de estos; pero es mas probable que intentó solo entretener á su enemigo con la apariencia de una negociacion para ganar tiempo, á fin de corromper la fidelidad de sus tropas.

Insistió en que Almagro disolviese su ejército y le entregase todos aquellos que estaban inmediatamente complicados en el asesinato de Pizarro, prometiéndole que con estas condiciones el gobierno olvidaría su traicion, y volvería á gozar del favor régio. Dicese que con esta mision envió Vaca de Castro á un español disfrazado de indio con instrucciones para comunicarse con ciertos oficiales de Almagro, y hacer, si era posible, que le abandonasen y volviesen á la obediencia del gobierno. Desgraciadamente se descubrió el disfraz del emisario, el cual fue preso y sometido al tormento; confesó el hecho y fue ahorcado como espía.

Almagro dió cuenta á sus capitanes del estado de las negociaciones. Las condiciones propuestas por el gobernador eran tales, que ningun hombre que tuviese la menor sombra de honor podía aceptarlas ni por un momento; y la indignacion de Almagro y de los suyos se aumentó al notar la doblez de su enemigo que ponía en práctica tan insidiosos manejos mientras ostensiblemente entraba en francas y leales negociaciones. Temerosos acaso de que las tentadoras ofertas de su antagonista llegasen á vencer la constancia de los mas débiles, pidieron á Almagro que rompiese toda negociacion y les condujese inmediatamente contra el enemigo (5).

Entre tanto el gobernador, viendo que el terreno quebrado que rodeaba á Guamanga era desfavorable para la caballería, en la cual tenía su mayor confianza, sacó sus fuerzas á las tierras bajas conocidas con el nombre de llanuras de Chupas. Era entonces la estacion tempestuosa del año, y por espacio de muchos dias la tormenta tronó con furia entre aquellas colinas, descargando en el valle y sobre las miserables tiendas de los soldados tanta abundancia de lluvia y nieve, que todos se vieron en breve empapados hasta los huesos, y estuvieron á punto de perecer

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XV.

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXXV.

(5) Dicho el capitán Francisco de Carvajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1544 en favor de Vaca de Castro, MS. — Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. XVI. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. VIII. — Carta de Ventura Beltran, MS. — Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIX.